

similitud con ningún otro, que han resonado en todo el mundo, y que dentro de las dimensiones de la historia española de los dos últimos siglos significa una realidad de primer orden.” Era pues, una cuestión de rigor intelectual dedicarles horas de estudio y análisis para averiguar por qué desde mediados del XVII, no se entiende nuestra historia si no se comprenden plenamente los festejos taurinos.

Lo que enigmáticamente nos estaba diciendo nuestro gran filósofo es que el mundo de los toros afecta a tantas ramas de la vida que para comprender cabal e íntegramente la Tauromaquia habría que contar con las aportaciones científicas de disciplinas tan plurales como la Historia, el Derecho, la Filosofía, el Periodismo, la Economía...

Nosotros vamos a tratar de rastrear en la Antropología y en la Historia para acreditar que las fiestas taurinas nos explican muchos de los pasajes de nuestro pasado que han permanecido semiocultos entre los grandes acontecimientos. Principalmente, nos detendremos en aquellos hechos que, siendo analizados bajo el crisol de la Tauromaquia, adquieren una nueva significación.

Como nos ha enseñado el magnífico crítico literario George Steiner en su brillante obra *Gramáticas de la creación*, los seres humanos siempre que reflexionamos sobre alguna parcela de conocimiento necesitamos un referente inicial que nos sitúe. Por eso vamos a iniciar este recorrido haciendo mención de los “mitos taúricos” que nos han desvelado algunas incógnitas del ser humano. Con el toro podemos explicar el origen del mundo (el dios Mitra, matando al toro primordial origina la infinita pluralidad de seres vivos); la salvación de la humanidad (Teseo matando al Minotauro y rescatando de la caverna a todos los cretenses); la garantía de la descendencia (Taurokatapsia, rito sexual de la vida y la muerte con el que las sacerdotisas se apoderaban del fecundo sexo del toro para así estar preparadas para concebir).

Como fácilmente puede comprobarse con estas eximias referencias, el toro ha sido el punto focal de las religiones del Mediterráneo, apareciendo en cultos egipcios, babilónicos mitraicos y muchos otros. Si acudimos a estas referencias arqueológicas y mitológicas, es precisamente para constatar que en la actualidad, desde la vertiente del Cantábrico hasta las marismas del Guadalquivir, desde la desembocadura del Tajo en las tierras lisboeta hasta el litoral del Mediterráneo, existe un sinnúmero de fiestas populares en las que se corren y juegan con los toros rememorando alguno de los valores (lo puro, lo no contaminado, el poder genésico...) que conmocionaron a nuestros antepasados. Los toros del

similitud con ningún otro, que han resonado en todo el mundo, y que dentro de las dimensiones de la historia española de los dos últimos siglos significa una realidad de primer orden.” Era pues, una cuestión de rigor intelectual dedicarles horas de estudio y análisis para averiguar por qué desde mediados del XVII, no se entiende nuestra historia si no se comprenden plenamente los festejos taurinos.

Lo que enigmáticamente nos estaba diciendo nuestro gran filósofo es que el mundo de los toros afecta a tantas ramas de la vida que para comprender cabal e íntegramente la Tauromaquia habría que contar con las aportaciones científicas de disciplinas tan plurales como la Historia, el Derecho, la Filosofía, el Periodismo, la Economía...

Nosotros vamos a tratar de rastrear en la Antropología y en la Historia para acreditar que las fiestas taurinas nos explican muchos de los pasajes de nuestro pasado que han permanecido semiocultos entre los grandes acontecimientos. Principalmente, nos detendremos en aquellos hechos que, siendo analizados bajo el crisol de la Tauromaquia, adquieren una nueva significación.

Como nos ha enseñado el magnífico crítico literario George Steiner en su brillante obra *Gramáticas de la creación*, los seres humanos siempre que reflexionamos sobre alguna parcela de conocimiento necesitamos un referente inicial que nos sitúe. Por eso vamos a iniciar este recorrido haciendo mención de los “mitos taúricos” que nos han desvelado algunas incógnitas del ser humano. Con el toro podemos explicar el origen del mundo (el dios Mitra, matando al toro primordial origina la infinita pluralidad de seres vivos); la salvación de la humanidad (Teseo matando al Minotauro y rescatando de la caverna a todos los cretenses); la garantía de la descendencia (Taurokatapsia, rito sexual de la vida y la muerte con el que las sacerdotisas se apoderaban del fecundo sexo del toro para así estar preparadas para concebir).

Como fácilmente puede comprobarse con estas eximias referencias, el toro ha sido el punto focal de las religiones del Mediterráneo, apareciendo en cultos egipcios, babilónicos mitraicos y muchos otros. Si acudimos a estas referencias arqueológicas y mitológicas, es precisamente para constatar que en la actualidad, desde la vertiente del Cantábrico hasta las marismas del Guadalquivir, desde la desembocadura del Tajo en las tierras lisboeta hasta el litoral del Mediterráneo, existe un sinnúmero de fiestas populares en las que se corren y juegan con los toros rememorando alguno de los valores (lo puro, lo no contaminado, el poder genésico...) que conmocionaron a nuestros antepasados. Los toros del

Aguardiente, el toro de la Vega; los encierros de San Fermín... son muestras más que evidentes de que el rito del toro está impregnado en toda la Península Ibérica.

De todo ese conjunto de celebraciones, quizá la que mejor simboliza la reunión de diversas virtudes es la que se denomina el “toro nupcial.” Es una fiesta popular cuyos primeros testimonios se encuentran en la Baja Edad Media en la Sierra de Gata (norte de Extremadura). La celebración consiste en llevar un toro ensogado hasta la calle de la futura desposada. Una vez allí se suelta, y el mozo que va a contraer matrimonio debe clavar una banderilla blanca (confeccionada por su novia) en el morrillo del cornúpeto.

En este rito entran en juego varios valores: la fertilidad y la virginidad (la sangre roja derramada por el toro cuando se le clava la banderilla); el símbolo fálico que rasga la virginidad (la banderilla prendida del toro); la pureza (lo blanco del palitroque que permanece inhiesto en el morrillo); la virilidad y el valor (representados en la argucia del novio que debe salir indemne del encuentro)... Como sentencia el antropólogo inglés Pitt Rivers sería un “rito mágico de fertilidad con intención de asegurar que la boda fuese fructífera. Y ciertamente el toro es un símbolo muy corriente de virilidad humana, esencial para fecundar.”

De estos espectáculos en los que se combinan lo mágico, el ritual y las creencias populares surgió el toreo a pie, ritualizado bajo un código propio y desgajado de otras fiestas de toros, allá por las primeras décadas del siglo XVIII. Así pues, puede afirmarse que la Tauromaquia profesional es un fenómeno social, total, complejo e íntimamente unido a nuestra peculiar historia de España. En consecuencia, ya sea por las fiestas populares, ya sea por las corridas de toros convencionales, en la Península es casi imposible ahondar en la realidad etnográfica sin hacer referencia a las distintas tauromaquias, que de alguna forma muestran parte de nuestra identidad cultural.